



## El tiempo pasa

por Julián Mellado

¡Y sin pedir permiso! Si nos lo pidiera querríamos detenerlo para que ciertas circunstancias duraran más, o acelerarlo para que otras pasaran más rápidamente. A veces queremos retenerlo, otras se nos escapa y aún hay quien dice que lo pierde. Qué misterio es el tiempo. El pasado ya no existe y el futuro no ha llegado. Y el presente... bueno... igual ya se ha ido. En realidad sólo tenemos el presente en nuestras manos, al menos de alguna manera. Se alimenta del pasado —por eso nos dice José Antonio Marina que debemos escoger «qué pasado» queremos retener— y anticipa el futuro, siempre incierto y a la vez lleno de posibilidades.

El Eclesiastés ya nos indica que «Todo tiene su tiempo».

Es como si nos dijera que deberíamos saber discernir «cómo habitarlo» en cada momento. Los antiguos griegos tenían dos palabras para hablar del tiempo. Una es la palabra *cronos*, que se refiere al tiempo transcurrido de forma objetiva. Es el que marca el reloj y es igual para todo el mundo. La otra palabra es *kairós* y se refiere al « tiempo vivido», la manera subjetiva de percibirlo. No todos lo vivimos igual. El *cronos* se padece, el *kairós* se vive. El *cronos* transcurre pero el *kairós* es una experiencia.

¿Y a qué llamamos perder el tiempo? ¿Se pierde de verdad? Indudablemente, el *cronos* no se puede perder; pero el *kairós* es otra cosa.

Se suele identificar esa pérdida con «no hacer nada» o «haber empleado

mal el tiempo». Muchos de nuestros contemporáneos piensan que para no perder el tiempo hay que llenarlo de actividades. Hacer muchas cosas en poco tiempo. Lo del «en poco tiempo» llega a ser una obsesión. Todo debe ser «Express», desde el café hasta las conversaciones. Ya no hay tiempo para pensar, por eso nos hemos inventado el eslogan: está diseñado para que la gente reaccione, no que reflexione.

Me gusta la expresión «tomarse el tiempo necesario». Porque debemos habitarlo de la manera que más nos permita disfrutar de la vida. Como dijo alguien: *No se trata de añadir años a la vida, sino de añadir vida a los años.*

Leí hace poco esta historia:

*Un filósofo estaba dando un paseo por la isla griega de Hydra. En su recorrido se encontró con un anciano que estaba sentado al borde de un camino que rodeaba un olivar. Observó que los olivos no estaban demasiado cuidados y que las olivas estaban la mayoría caídas en el suelo. Se acercó al anciano y le preguntó:*

—¿Qué hace por aquí amigo?

—Disfrutando del sol, y del paisaje.

—¿Sabe a quién pertenece ese olivar?

—Es mío.

—¿Y cómo es que lo tiene en ese estado? ¿Sabe lo que podría ganar con él?

—No.

—Pues si lo cuida y trabaja en él todo el día, podría vender sus aceitunas y ganar mucho dinero.

—¿Para qué?— preguntó el anciano.

—Pues... Para hacer lo que uno quiera en la vida.



*Y el anciano respondió con una condescendiente sonrisa:*

—Como... ¿venir a sentarme aquí y disfrutar del sol y del paisaje?

Esta historia me desafía. ¿Cómo habito mi tiempo? ¿Estoy atrapado por la idea de que el tiempo se pierde? Quizás lo que he perdido es la capacidad de tomarme tiempo para contemplar, disfrutar y... amar.

Porque para que la vida sea un auténtico *kairós* debemos trascender el *cronos*. Ir más allá del tiempo del reloj. Y si como dijo San Pablo, «El amor nunca deja de ser», entonces todo encuentro entre amigos, esposos, hermanos, todo acercamiento compasivo al necesitado, toda mirada del corazón, convierte mi tiempo en **un instante de eternidad.**

### También en este número:

Sin héroes	2
Os he llamado amigos	4
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: vergüenza	8

A todos nosotros, presuntos héroes de la fe o no, lo único que nos puede salvar es la Gracia de Dios; pero eso no nos exime en ningún caso a nadie, de procurar vivir en santidad y justicia ante Dios y el prójimo, sometiendo nuestras vidas a la disciplina de la iglesia.

## Sin héroes

por Dionisio Byler

Este año pasado, 2013, ha sido uno marcado por cierto revisionismo histórico con respecto a quien fue incomparablemente la máxima figura de reflexión teológica en clave menonita o anabaptista en el siglo XX.

Conocí a John Howard Yoder en mi adolescencia a mediados de los años 60, casi diez años antes de publicar su famoso *The Politics of Jesus*, (en español: *Jesús y la realidad política*). Se alojó en nuestra casa una semana, mientras daba una serie de conferencias en el seminario menonita de Montevideo, donde enseñaba mi padre. Me volvería a cruzar con él en diversas situaciones y ocasiones a lo largo de los años siguientes.

En 1971, inolvidablemente, fue mi profesor de *Prefacio a la teología*, una asignatura de su diseño personal en el *Anabaptist Mennonite Biblical Seminary* de Elkhart, Indiana (EE UU). El seminario le había pedido que se hiciera cargo de la asignatura de *Introducción a la teología*. Pero Yoder opinaba que *antes* de hablar de teología sistemática —con esa asignatura— había que hacer este «prefacio», donde se viera cómo y por qué se produjo la transición entre el pensamiento del Nuevo Testamento y la teología filosófica de la Iglesia imperial y medieval.

Aquel año de 1971 estuve mucho en su casa, por cuanto con otros 4-5 estudiantes nos reuníamos semanalmente con el matrimonio Yoder para orar y hacer de comunidad de fe, abriéndonos unos a otros en nuestras luchas y vivencias. Es un recuerdo imborrable para mí ver a Yoder echado en el suelo jugando con su hijito de dos años, ambos riendo a carcajada limpia; una imagen que dista mucho de la que se suele tener de él como persona antipática hasta rayar en antisocial.

Si una generación antes Harold S. Bender había conseguido transformar el menonitismo con su idea de «La visión anabaptista», los libros de Yoder —algunos de ellos póstumos— nos ayudaron a ir más allá de los anabaptistas del siglo XVI, atrevernos en cualquier caso a hacer lo mismo que habían hecho ellos: volver al texto del Nuevo Testamento. Y así, en diálogo directo con Jesús y los apóstoles, recuperar una visión de lo que podía llegar a ser el movimiento cristiano en el siglo XX.

Si pudiera presumir de resumir en un único pensamiento lo que creo que aprendimos de Yoder, sería lo siguiente: Jesús no se equivocó al apostar por un orden cósmico donde Dios al final deshace la obra de los violentos y los pecadores, para dar razón a los mansos y no violentos, a los pobres y desheredados y oprimidos y esclavizados que han esperado pacientemente en Él. Aunque mueran sin ver satisfechas sus esperanzas ni sus anhelos de justicia, es que la muerte tampoco es la última palabra. Porque Jesús resucitó y sus seguidores también resucitarán después de muertos. Yoder desconfiaba de cualquier idea utilitaria de la no violencia cristiana; pensaba que ésta era necesaria como obediencia y confianza radical en Dios, no porque diera resultado —que muchas veces no lo da.

### El ocaso de un héroe

La última vez que lo vi fue cuando la empresa de construcción donde trabajé un año hicimos reformas en un



sótano que él alquilaba para abandonar su despacho en el seminario. No entendí muy bien por qué cogía ese sótano ni por qué se marchaba del seminario; y ni él ni nadie parecía dispuesto a responder a mi curiosidad. Yoder en cualquier caso parecía a la sazón bastante estresado y su trato conmigo me sorprendió por relativamente frío. A la postre saldría a la luz que había sido despedido discretamente por una cuestión de abusos sexuales. Se dijo que la cuestión había sido tratada con él a nivel pastoral y en su iglesia local. Que había aceptado la disciplina de la iglesia y había sido restaurado a la comunión.

Después fue profesor hasta jubilarse, de la Universidad (católica) de Notre Dame, en Indiana; y tengo la impresión de que aunque ya no pudo ejercer en el seminario menonita, sin embargo hasta su fallecimiento con apenas 70 años, nunca le faltaron invitaciones para dar conferencias o participar en diálogo teológico ecuménico, representando el pensamiento menonita.

Estos últimos años, sin embargo, me ha inquietado ver que el escándalo de sus abusos sexuales no sólo no se ha disipado con el tiempo sino que hoy, más de quince años después de su muerte, parece que va cobrando cada vez más fuerza. Así que este año 2013, como he indicado al principio, ha sido algo así como un año de revisionismo histórico acerca de su figura.

Ahora se conoce que fueron numerosas las mujeres que se sintieron violentas por insinuaciones y gestos —como abrazos muy apretados— que Yoder era incapaz de darse cuenta que las incomodaba. Ellas le venían admirando y reverenciando por la claridad y luminosidad cristiana de sus escritos. Por eso mismo fueron incapaces de encajar la torpeza de su conducta personal, que parecería propia de la experimentación de un adolescente. Una conducta que no se correspondía en absoluto con lo que cabe esperar de un líder respetado en la iglesia, por mucho que Yoder la justificara como expresiones de amor fraternal cristiano. También es justo reconocer que nadie ha acusado jamás a Yoder de adulterio en el sentido de relaciones genitales ilícitas.

Lo que todavía molesta a estas mujeres y les impide perdonarle hasta hoy, décadas después, es lo muy encumbrada y admirada que es la figura de Yoder como uno de los grandes pensadores cristianos del siglo XX. Una no podía objetar, ante la adulación generalizada de su figura, que una conocía muy bien otra cara de su persona: su insensibilidad para invadir el sentimiento de pudor e intimidad de algunas mujeres. Siempre que han protestado, parecen topar con una muralla de indiferencia generalizada, un querer acordarse solamente del brillo de sus ideas y el fulgor de su declarada confianza en Dios.

Y ahora en 2013, se ha empezado a reconsiderar —por fin, dirán algunos— su legado, el valor de sus ideas y de su teología y su ética cristiana, a la luz de su conducta. Porque aunque en otras tradiciones cristianas tal vez sea posible distinguir entre las ideas y la conducta personal, en la tradición menonita es la integridad y santidad personal lo que al final avala el valor

de la religión que se predica. Los menonitas siempre hemos preferido una conducta intachable aunque con teología cuestionable, a una teología intachable pero sin una vida personal de seguimiento radical de Jesús.

Yoder reclamaba la necesidad de confiar en Dios, sometiéndonos mansamente a la victoria aparente pero sólo momentánea de los violentos, por la esperanza de que el Señor al final pondrá las cosas en su lugar. Pero lo que es necesario replantearse es hasta qué punto esa teología y esa ética cristiana no deja las cosas en bandeja para los regímenes totalitarios, los terroristas y asesinos... y los depredadores sexuales en el seno de la iglesia.

Yoder nos enseñó a ver cómo la ortodoxia cristiana resultó ser una religión conveniente y útil para el poder, por cuanto relegaba al interiorismo —o en todo caso al heroísmo excepcional de unos pocos «santos»— la conducta social que habían enseñado y practicado Jesús y los apóstoles. Los reyes y emperadores y señores de la guerra cristianos patrocinaron la «ortodoxia» cristiana, precisamente porque ésta jamás cuestionó que esta Europa, primero imperial después feudal, fuera en efecto cristiana de arriba abajo. Preguntarse ahora, entonces, hasta qué punto la ética de mansedumbre cristiana predicada por Yoder fue en primer lugar útil para Yoder el acosador sexual, no es otra cosa que lo que había hecho Yoder con respecto a la ortodoxia de las iglesias estatales.

### Claro que Dios perdona pero...

Procuraré en otro número de *El Mensajero* volver sobre la cuestión de si sigue siendo posible postular que Dios defiende a los que asumen una indefensión voluntaria en imitación de la conducta que llevó a Jesús a la cruz. Si es posible desvincular la mansedumbre cristiana, de un posible efecto potenciador de la capacidad de acción de los violentos sin escrúpulos.

Pero para cerrar las reflexiones presentes, quiero dejar el siguiente pensamiento:

Cuando en el siglo XVII una buena proporción de los menonitas alemanes

aceptaron reunificarse con la Iglesia Luterana, una de sus exigencias fue que el obispo les garantizara pastores ejemplares, de conducta intachable.

Nunca ha estado en duda que los menonitas se exigen a sí mismos ser con su conducta un testimonio vivo de las virtudes transformadoras del evangelio. Lo que a veces ha quedado menos claro es si los menonitas somos capaces de perdonar a los que en el seno de nuestra comunidad nos defraudan con su falta de santidad. En la situación presente, donde décadas más tarde hay personas que se declaran incapaces de superar el trauma de que alguien de la eminencia de Yoder no estuviera a la altura en su comportamiento con ellas, los menonitas agonizamos como tal vez ningún otro agonizaría. Aceptamos que Dios perdona pero no estamos seguros de que la iglesia deba perdonar.

Aquí es útil, tal vez, observar que los «héroes» de los relatos bíblicos —exceptuando naturalmente a Jesucristo— suelen ser universalmente personas con defectos; a veces defectos muy importantes. En la historia bíblica, desde Noé y pasando por Abraham, Jacob, Moisés, Sansón, David y Salomón y otros muchos más, cuanto más importante la figura, casi se diría que menos ejemplar su conducta en algunos particulares. La historia bíblica no avanza **gracias** a esas personas sino, en todo caso, **a pesar de** ellas y porque Dios es bueno. Hoy tampoco debemos caer en la tentación de idealizar ni idolatrar a los que se nos antojen héroes de la fe entre nosotros. Dios actuará, claro que sí. Pero será más veces que lo que nos gusta reconocer, a pesar de ellos y no gracias a ellos.

A todos nosotros, presuntos héroes de la fe o no, lo único que nos puede salvar es la Gracia de Dios; pero eso no nos exime en ningún caso a nadie, de procurar vivir en santidad y justicia ante Dios y el prójimo, sometiéndolo a la disciplina de la iglesia. No, nadie seremos perfectos. Pero por eso mismo, todos necesitamos vivir en la luz, nuestras vidas enteras abiertas a nuestros hermanos y nuestras hermanas.

## Archivo histórico

## Os he llamado amigos

por John Howard Yoder (1983)



*Os he llamado amigos.*

Juan 15,15

El hombre que habla estará muerto y enterrado en veinticuatro horas.<sup>1</sup> Está preparando a un pequeño círculo de sus seguidores para que puedan enfrentar la vida sin él. Les advierte que en su vida, en el futuro, compartirán el mismo conflicto que está por costarle su vida.

*Recordad las palabras que os dije:*

*El siervo no es mayor que su señor.*

*Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros;*

*si guardaron mi palabra, guardarán la vuestra también.*

*Pero será por causa mía que harán todo esto, porque no conocen a aquel que me envió.*

Juan 15,20-21

<sup>1</sup> Tema presentado el 26 de marzo, 1983, en el *Franciscan Life Center*, de Sylvania, Ohio (EEUU). Publicado posteriormente, como *He Came Preaching Peace* (Scottsdale: Herald, 1985), Capítulo 2. La presente traducción (por Dionisio Byler) es con permiso de Herald Press, que conserva todos los derechos. Traducción del libro completo, en [www.menonitas.org/textos.htm](http://www.menonitas.org/textos.htm).

De manera que el motivo de la hostilidad es «no conocer». Esto no indica solamente cierta ignorancia o falta de información. Significa la falta de reconocimiento. No reconocen quién ha enviado a Jesús.

*Si yo no hubiera venido  
si no les hubiese hablado,  
no tendrían culpa;  
pero tal como están las cosas su  
pecado no tiene excusa*  
(vers. 22).

¿Quiénes son «ellos»? Estos versículos no mencionan a nadie por nombre. No mencionan ni a los judíos ni a los romanos. El rechazo que describe Jesús es mucho más amplio. Dice que procede del «mundo».

*Si el mundo os odia,  
recordad que antes me odió a mí.  
Si pertenecieseis al mundo  
el mundo os amaría como suyos  
propios;  
pero como no pertenecéis al  
mundo,  
porque mi elección os apartó del  
mundo,  
por eso el mundo os odia*  
(vers. 19).

## ¿Qué es «el mundo»

¿Qué es entonces este «mundo» cuyo odio cabe esperar? No se trata de la Tierra. No se trata de la creación buena de Dios. No se trata de las piedras ni de las corrientes de agua ni de la vida animal. Tampoco se trata de «todas las personas».

La palabra griega *cosmos*, que se emplea aquí, podría traducirse como «el sistema»<sup>2</sup>. Indica la forma como encajan las cosas: las redes de intercambio y beneficio, las formas de organizarse; indica cómo la creación recalcitrante de Dios, las criaturas rebeldes de Dios, se unen para hacer el mal. La solidaridad entre los humanos es una cosa muy buena; pero cuando la solidaridad se transforma en nacionalismo, en racismo, en egoísmo colectivo, ya no es buena. El raciocinio humano es una cosa muy buena; pero cuando se emplea para la destrucción, ya no es bueno.

Dios hizo a sus criaturas capaces de organizarse con solidaridad. Cuando empleamos esa capacidad para el mal, no dejan por ello de funcionar. Lo que está mal en el mundo no es solamente una cuestión de ignorancia individual aislada ni una voluntad malvada pero aislada. No es solamente que yo soy un pecador y tú otro, y ella también y ellos... y la suma de todos. El mundo entero es más que la suma de sus partes.

Esta es la primera verdad seria acerca de la labor que tiene por delante el movimiento pacifista. Lo que mató a Jesús fue un *mundo*. Los hombres que se unieron para ejecutar a Jesús eran pequeños instrumentos en manos de fuerzas mucho más importantes. Esto es lo que quiere decir donde Pablo pone:

*Porque no es contra enemigos humanos que tenemos que luchar,*

<sup>2</sup> En el inglés de EEUU, en la época cuando escribió Yoder, el término «*the system*» indicaba toda la configuración económica, social, política y militar cuyo resultado era la desigualdad entre ricos y pobres, y el enfrentamiento entre el mundo capitalista y el comunista que en cualquier momento podía estallar en conflicto nuclear. —D.B.

*sino contra las Soberanías,  
y los Poderes donde tienen su origen  
las tinieblas de este mundo.*  
Efesios 6,12

Todo está relacionado. Lo que el presidente Eisenhower llamó «el complejo militar industrial» es mucho más complicado que eso. No son sólo el Pentágono y los grandes magnates de la industria pesada. No son sólo los bancos, los investigadores en laboratorios de universidades, los sindicatos, los partidos políticos. Somos todos.

El «reto de la paz» no es, entonces, sencillamente cuestión de arreglar o afinar un sistema donde todas las demás partes funcionan bien. No estamos intentando tan sólo corregir un único error en una cultura que por lo demás es adecuada. Nos enfrentamos, antes bien, a un mal que es representativo y prototípico. Cuando se corta un leño se encuentra un dibujo de círculos concéntricos que llamamos la «veta». Esa veta no se encuentra sólo en el extremo de la madera; corre por toda la longitud del tronco. Aunque sólo se vea en la extremidad, allí donde el corte la hace visible.

La carrera de armamentos es así. Es el corte que deja ver la veta. Y esa veta es el chovinismo nacionalista, la presuposición de superioridad moral en las personas que son como uno y el derecho a sacrificar la seguridad de otros en beneficio de nuestra propia seguridad. La veta que recorre todo lo largo de la madera es la confianza en

el poder coercitivo para que otros se ajusten a nuestra voluntad. Si fuera posible conseguirlo con ballestas o con tirachinas y no con armas atómicas, no por ello sería moralmente más aceptable.

Pero la organización y la tecnología han multiplicado tanto lo que está en juego que ahora todos pueden ver la veta. Todos pueden ver que el mal es sistémico. Es por eso que cualquier táctica en particular, como una moratoria de armas nucleares, por mucho que sería un buen primer paso político, nunca sería bastante. No fue bastante conseguir en el siglo XIX que ya no se importaran esclavos desde África.

Un error del que tenemos que curarnos es el de echar las culpas a «los malos». El caso es que la gran mayoría de las personas que viven dentro del «sistema» no son mala gente. No maltratan a sus esposas y niños. Es cierto que algunos están embrutecidos; algunos son egoístas o veniales, chantajistas o estafadores; pero la mayoría de la gente no es así. Tal vez les falte imaginación y valentía, igual que a mí. La mayoría de las personas que hicieron que funcionara el Reich de Hitler era gente decente. Trataban con ternura a sus hijos y pagaban sus cuentas. Vivían según las reglas de juego y trabajaban duro. Habría que verlos como víctimas de secuestro más que como criminales.

El segundo error que hay que evitar es el de pensar que la respuesta adecuada ante tanta maldad debe ser el odio. Es verdad que el mundo odia a Dios y a Jesús y a sus discípulos, pero Dios no odia al mundo. Dios ama al mundo; por eso envió a su Hijo sabiendo la violencia de que sería víctima. En relación con esto, teniendo bien en cuenta el propósito en la mente de Dios, no hay ni puede haber ninguna distancia entre Jesús y nosotros. Jesús amó a sus enemigos, entre los cuales estábamos nosotros; nosotros hemos de amar a nuestros enemigos. Jesús permitió que ese amor le costase la vida. Nosotros también podemos arriesgar las cosas que valoramos, la mayoría de las cuales valen bastante menos que la vida, por el bien de nuestros enemigos.

**Hay que evitar el error de pensar que la respuesta adecuada ante tanta maldad debe ser el odio. El mundo odia a Dios y a Jesús y a sus discípulos, pero Dios no odia al mundo. Dios ama al mundo.**

## Jesús, enviado del Padre

Comentábamos al principio que el contexto de la cruz es lo que explica el sentido de esta Escritura. Jesús está presente para entregarse de buena voluntad. Dice que ha sido *enviado*. Su causa es una causa ajena. La autoridad con que actúa no es sólo suya. El Padre respalda su elección voluntaria de entregarse. Su voluntad es la voluntad del Padre; su intención es la del Padre. El Dios del evangelio, ese Dios que Jesús trata de «Padre», es un pacificador, un reconciliador.

Esta verdad no es obvia. En algunas tradiciones del cristianismo no se afirma con claridad —más bien se tiende a negar. En algunas tradiciones del cristianismo, el Padre es severo tanto como el Hijo es benevolente. Dios Padre es un juez que condena, mientras el Hijo es un abogado que defiende nuestra causa, o incluso un sustituto que sufre en nuestro lugar las iras del Padre. Dios el Padre sería un patriarca, mientras Jesús sería un feminista.

Es importante corregir esa manera de entender las cosas. Está profundamente arraigada en nuestra cultura. Afecta directamente cómo algunos entienden la muerte y la guerra y los enemigos. El apóstol Pablo corrige ese error al escribir:

*Dios estaba en Cristo  
reconciliando con él el mundo,  
dándonos el ministerio de la  
reconciliación.*

2 Corintios 5,19

Es verdad que Jesús tuvo que morir por nosotros. Murió para revelar la compasión del Padre, no para apaciguar las iras del Padre.

Jesús mismo ataja ese error al decir:

*Amad a vuestros enemigos,  
haced bien y prestad  
sin esperanza de devolución.  
Tendréis una gran recompensa  
y seréis hijos del Altísimo  
[es decir, os pareceréis a Dios],  
porque Dios es bueno con los  
ingratos y los malvados.*

Lucas 6,35

Puede que esa sea la primera cosa que necesitamos dejar perfectamente clara. El interés de los cristianos en la paz no es un pasatiempo opcional para algunos individuos singularmente bondadosos. Tampoco es el producto de una manera sesgada de interpretar las presuposiciones tecnológicas de los planes que ha preparado el Pentágono para distintas eventualidades.

El interés por la paz, bien sea judío o cristiano, es una parte del propósito de Dios para toda la eternidad. Dios es un reconciliador por su propia naturaleza; un hacedor de *shalom*. Para nosotros, participar en los propósitos pacificadores de esa clase de Dios no es sólo una cuestión de moralidad. No es sólo política. Es culto, doxología, adoración.

## Amigos informados, no esclavos

Hay más que una única manera de que una persona haga la voluntad de otra. Jesús distingue aquí entre dos niveles de relación.

*Nadie puede tener mayor amor  
que el de entregar la vida por sus  
amigos.*

*Vosotros sois mis amigos  
si hacéis lo que os mando.*

*Ya no os llamaré siervos,  
porque un siervo no conoce  
los negocios de su señor.*

*Os llamo amigos  
porque os he revelado  
todo lo que aprendí de mi  
Padre.*

Juan 15,13ss.

Los discípulos, entonces, no se dedican solamente a obedecer órdenes. La palabra que hemos traducido como *siervo* significa literalmente *esclavo*. A veces se emplea ese término para describir la obediencia cristiana a Dios como Señor. Pero la diferencia reside en que un esclavo no sabe cuáles son los fines que persigue su amo. Sabe cuáles son sus órdenes y las obedece, pero no sabe cuál es el plan general. No sabría explicar por qué obedecer tiene sentido lógico. Así que cuando Jesús dice: «Os he dado el título de *amigos*», quiere indicar que estamos informados acerca del sentido que tienen las cosas. Conocemos el plan de batalla dentro del cual nuestro servicio tiene su lógica.

El apóstol Pablo decía algo parecido en su carta a los Efesios, cuando escribió acerca del misterio divino escondido desde la antigüedad pero que ahora ha sido revelado por medio de los apóstoles y los profetas. Tenemos el privilegio de ser conocedores de los propósitos de Dios. No somos peones movidos de aquí para allá en un tablero cósmico de ajedrez. Nosotros participamos en la decisión de la jugada.

Ahora podemos comprender más plenamente el peso de las afirmaciones con que empezábamos. «El mundo os tratará como me trata a mí», dijo Jesús. La obra de construcción de paz del creyente, donde hay conflicto, donde le toca sufrir, es una continuación de la obra de Cristo. El apóstol Pablo dice acerca de sí mismo: «Cumpló lo que faltaba de los sufrimientos de Cristo» (Colosenses 1,25).

La carta de Juan dice:

*No seáis como Caín  
que degolló a su hermano [...]  
Él nos enseñó el amor  
en que entregó su vida por  
nosotros.*

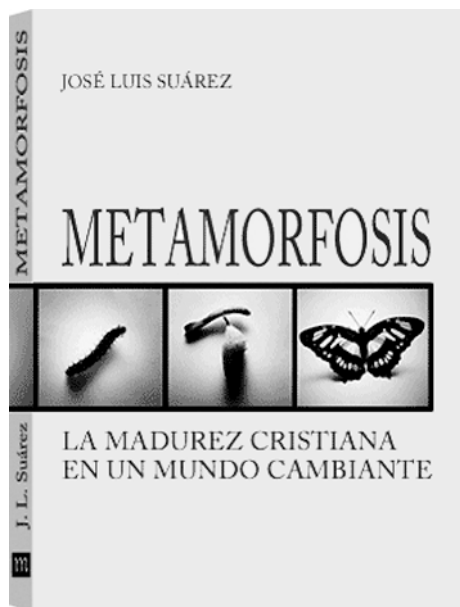
*Nosotros también debemos  
entregar nuestras vidas  
por nuestros hermanos.*

1 Juan 3,12-16

Nuestros maestros a veces han tendido a trazar una línea divisoria entre la salvación y la obediencia, separando lo que Jesús hizo por nosotros y lo que nosotros hemos de hacer por él. Esa división es real. Es apropiado tenerla en cuenta por determinadas razones religiosas perfectamente válidas. Cuando el tema a debatir es si podemos salvarnos a nosotros mismos o si Dios nos debe alguna recompensa por nuestras buenas obras, esa distinción es sumamente importante. Pero ese no es nuestro tema aquí. Nuestro tema es cómo podemos honrar al Dios que procura la paz entre los hombres. ¿Cómo podemos participar inteligentemente en los propósitos de Dios, como *amigos* que conocemos su plan de batalla? ¿Cómo podemos participar responsablemente y con conocimiento de causa, en el proyecto divino de traer paz a este planeta?

## Noticias de nuestras iglesias

## Metamorfosis



**Barcelona**, diciembre — Al filo del cierre del año 2013, la colección Biblioteca Menno puso en el mercado su libro más reciente: *Metamorfosis. La madurez cristiana en un mundo cambiante*, por José Luis Suárez. Los lectores asiduos de *El Mensajero* se alegrarán de descubrir aquí, recopilados y ampliados, los artículos que José Luis nos fue desgranando de mes en mes durante casi dos años, entre febrero de 2010 y enero de 2012. Con la diferencia de que aquí, reunido todo ese material (y alguna propina adicional) en formato de libro, nos permite una lectura continua a través de todo ese recorrido.

El efecto cumulativo de leer todo este material de corrido, sorprende gratamente incluso a los que ya lo habíamos ido leyendo en *El Mensajero*. En este formato recopilado hallamos una dimensión de compleción, una vista de conjunto armonioso. Va tomando forma, capítulo a capítulo, una idea global del ilusionante proyecto de *metamorfosis*, de dejarnos transformar cada día por la vida (y por el Espíritu Santo), en algo que todavía no hemos alcanzado a ser.

En la fotografía, un sencillo acto de firma y entrega de libros celebrado en la Iglesia Menonita de Barcelona el domingo 12 de enero.



## Coro Soli Deo

**Burgos**, 22 de diciembre — El coro evangélico de Burgos «Soli Deo» tuvo una actuación muy aclamada en el Teatro Principal, como parte de la programación cultural del Ayuntamiento de Burgos para las festividades navideñas. El coro tiene su sede y sus ensayos en el local de Comunidades Unidas Anabautistas. La directora y principal voz solista, Nohemy García Soria, es miembro de dicha iglesia como también lo son muchas de sus voces. El coro añade al popular

estilo *gospel* (de raíces evangélicas afroamericanas), otras canciones evangélicas provenientes de África — fruto del interés de esta iglesia en el vecino continente, como evidencian sus misiones en Benín y Costa de Marfil. Al cabo de varios años de actuaciones en la ciudad y provincia, el Coro Soli Deo se ha consolidado en el panorama cultural de la ciudad.



## Diccionario de términos bíblicos y teológicos

**vergüenza** — Sensación de humillación personal ante la baja opinión de uno que tienen o profesan los demás.

En la antigüedad y hasta hoy en muchas partes del mundo, el sentimiento de vergüenza ha sido uno de los controles más importantes de la conducta humana, socializando al individuo para que se conduzca de una manera aceptable para su entorno.

A manera de contraste, diríamos que para los occidentales es mucho más importante la conciencia personal. Saberse inocente en el fuero interior es relativamente más importante que lo que piensen de uno los demás. Pero no era así en la antigüedad ni es así en muchas partes del mundo hoy.

Esta idea de que es posible mantener la cabeza alta con dignidad, piensen lo que piensen los demás con tal de saberse uno inocente, habría resultado curiosa (y profundamente antisocial) a los autores bíblicos. Ellos, como una proporción importante de la humanidad hasta el día de hoy, no concebían del ego (el yo) como una identidad autónoma sino que la identidad venía configurada por el entorno social. Yo soy quien las personas a mi alrededor opinan que soy. Necesito saber cómo me ven ellos para saber cómo me veo yo mismo. Si se burlan de mí y me desprecian sufro, porque eso constituye para mí una disminución real y evidente de mi valor como persona. Si me alaban y me honran lo disfruto, porque esos halagos dan fe de mi auténtica valía personal. Yo podía sospechar que valgo mucho, pero esa opinión solamente se sostiene cuando lo afirman los demás.

Así las cosas, es relativamente más importante en el mundo bíblico la vergüenza que la culpa. Una cosa que sorprende a los occidentales cuando vamos a otras latitudes, es que lo importante allí no es ser justo sino parecerlo, lo importante no es ser inocente sino conseguir aparentarlo. Si el mundo se desmorona alrededor de mí no es por lo que haya hecho —

por mi culpa— sino porque me hayan pillado —por mi vergüenza.

Así las cosas, entonces, no hay peor condición social que la del «sinvergüenza», la persona que no siente vergüenza aunque se descubran sus crímenes. Pero no es un sinvergüenza quien actúa mal sino aquel al que han pillado y sin embargo pretende conservar todo su prestigio personal como que «aquí no ha pasado nada». Mientras nadie lo sabía, en efecto, nada ha pasado (no hay de qué avergonzarse); pero cuando se sabe, entonces las personas honradas padecen vergüenza. Esconden la cara y les produce sofoco tener que aparecer en público.

Pero no solamente las personas malvadas cuya maldad sale a la luz. El inocente falsamente acusado padece igual vergüenza, igual martirio social. Protestan airadamente su inocencia tanto el culpable como el inocente, entonces, porque lo que hay en juego es recuperar el prestigio social perdido, poder mostrar la cara entre amigos y conocidos.

Este tema del desprestigio social, la vergüenza extrema por lo que otros opinan de uno, está presente yo diría que en casi todos los salmos. Los salmos de queja tienen muchos motivos por los que claman a Dios, pero desde luego el escarnio, el menosprecio, la burla, ser objeto de chistes, ir por la calle y ver cómo la gente menea la cabeza y le señalan con el dedo... ¡Ay Dios mío, eso es lo que más les duele! La salvación tiene entonces muchas dimensiones, pero una de las más importantes es recuperar el prestigio social, dejar de ser insultados y despreciados por enemigos —y por aquellos que uno había venido creyendo que eran amigos.

Este mismo sufrimiento lo padece también Jeremías. Y Job padece muchos males a muchos niveles. Pero entre las cosas que más le duelen está la vergüenza de saber que hablan mal de él a sus espaldas —o incluso a su propia cara.

El caso de Pablo es quizá especialmente interesante. Muchos han visto en Pablo un precursor de la conciencia personal occidental antes que la vergüenza. Pablo afirma, bien es cierto, que no se guía por la opinión que tengan otros de él; pero añade que tampoco se fía de su propia conciencia. Al final lo que de verdad importa —dice— es la opinión que de él tenga Dios (1 Co 4,3-5). La meta es recibir alabanza (vers. 5), sólo que no la que viene del juicio de los hombres sino de Dios.

La cuestión aquí, entonces, no es principalmente una de culpabilidad o inocencia. ¡Todos somos culpables ante Dios! La cuestión es si en el juicio recibiremos alabanza o desprecio, si honra o vergüenza.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMYHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10  
09197 Quintanadueñas (Burgos)

**Director:** Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMYHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMYHCE.

[www.menonitas.org](http://www.menonitas.org)